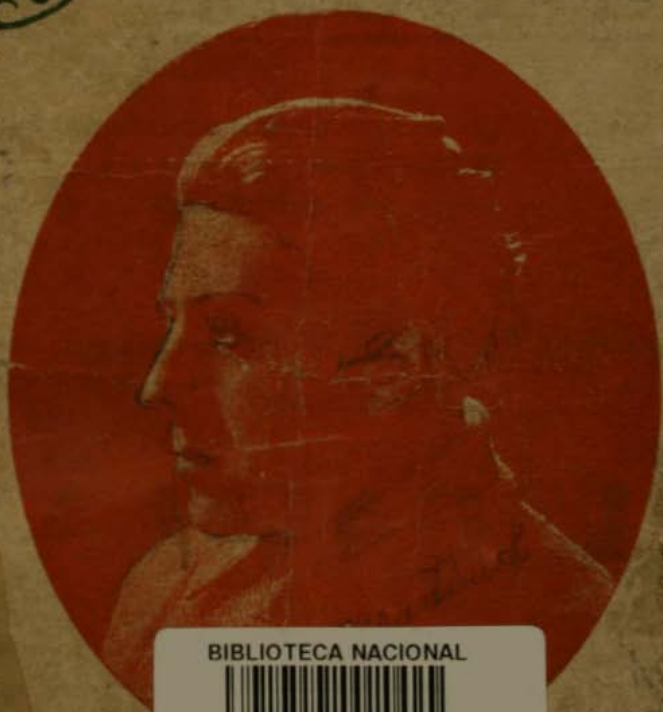




LA ESCENA

REVISTA TEATRAL

PEDRO SIENNA



BIBLIOTECA NACIONAL



0490292

\$1

UN DISPARO DE REVOLVER
LAS CABELLERAS GRISES

Sección Chilena

Ubicación

Año Ed.

Copia

Registro Seaco

Registro Notis

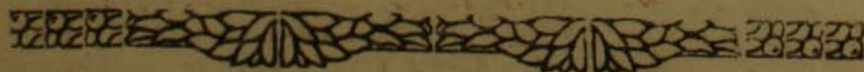
La mejor publicación de teatro
chileno y extranjero que se edita
en el país

Próximo Número: (Suplemento)

EL GAVILAN

Comedia en 3 actos de

FRANCOIS DE CROISSET





LA ESCENA

REVISTA DE TEATRO



PEDRO SIENNA

Un Disparo de Revolver

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada por la "Compañía Rafael Frontaura" en el Teatro
Setiembre, de Santiago, la noche del 13 de Febrero
de 1929.

EDITORIAL CULTURA
SANTIAGO DE CHILE
CASILLA 6048

PERSONAJES:

GRACIELA.—Dominadora. Elegantísima.

CARMENCITA.—Ingenua.

LEONOR.—Solterona. Peluca rubia. Lunar con pelos.

ROBERTO.—Apasionado y romántico.

ALFONSO.—Buen muchacho. Sano. Alegre.

DON PASCUAL.—Viejo verde y muy simpático.

TITO.—Un "niño bien". Bien tonto.

La acción en Santiago. Epoca actual. Es de noche. Las damas de "soirée". Ellos de frac. Derecha e izquierda las del actor.



Propiedad Literaria
N.º 2703

ACTO ÚNICO

Sala de fumar, elegante. Arcada al fondo. Forillo transparente, de "vitreaux", que separa el salón de baile, iluminado. Pasan sombras de parejas. Rumor de fiesta. Música de moda que va apagándose hasta morir a medida que empieza a hablar el primer personaje.

ESCENA I

(La escena sola. A poco aparece Roberto por foro derecha. Inquieto. Se detiene un momento y avanza. Se deja caer en un sillón cerca de una mesita con útiles de fumar. Fuma. Hojea unas revistas. Luego lo abandona todo violentamente y habla).

ROBERTO.—Lo que me pasa es absurdo, completamente absurdo... (Pausa nerviosa) y pensar que mientras Graciela baile en brazos de cualquier mozalbete ridículo, yo me aislo, y rabio... y no me decido a nada.

ESCENA II

Dicho y Alfonso, foro derecha, que ha oído las últimas frases.

ALFONSO.—¡Hola, Roberto! Estabas aquí... solo?

ROBERTO.—Solo. ¿No lo ves?

ALFONSO.—Eso es lo que me extraña. Porque me pareció que hablabas con alguien.

ROBERTO.—Pues te ha parecido.

ALFONSO.—Será lo que tú quieras... Pero tú no me engañas ¿sabes?

ROBERTO.—¿Eh?

ALFONSO.—Que no me engañas. Tú estás enamorado.

ROBERTO.—Déjate de tonterías. Eso quisiera yo; pero mis ocupaciones no me dejan tiempo.

ALFONSO.—No trates de disimular, que yo veo de bajo del agua. Tú estás enamorado, repito, y si abandonas el baile y te vienes a hablar solo, es que estás "pa nunca"... ¡Pa nunca"!

ROBERTO.—(Tratando de reír). ¡Las cosas tuyas!

ALFONSO.—Escúchame, Roberto. Siempre hemos sido buenos amigos ¿verdad? Como hermanos. Pues bien, por mi parte te voy a demostrar que merezco el calificativo. Graciela...

ROBERTO.—¿Eh? ¿Qué dices?

ALFONSO.—¿Lo ves? ¡Si no puedes negarlo! Estás "pa nunca"!

ROBERTO.—Déjate de bromas. Habla.

ALFONSO.—Perfectamente. Continúo. Graciela es muy amiga, como tú sabes, de Carmencita, mi angelical y futura esposa, y como las mujeres no pueden callarse nada, Carmencita me ha contado que Graciela repite tu nombre muy a menudo.

ROBERTO.—¿Y qué más?

ALFONSO.—Vaya, hombre, ya se te olvidó la "pose"? No te digo más. En primer lugar para castigarte por no haber tenido confianza en mí y en segundo lugar, porque no sé más.

ROBERTO.—No te burles, Alfonso.. Dime lo que sepas, por favor.

ALFONSO.— Si me lo pides por favor, entonces sí. Graciela habla muy bien de tí. Dice que eres muy simpático y que será muy feliz la mujer que se case contigo. Y que... será muy feliz la mujer que se case contigo y que eres muy simpático.

ROBERTO.—(Con mucha ansia). ¿Y qué más?

ALFONSO.—¿Te parece poco?

ROBERTO.—Eso dice... Pero ¿quién entiende a las mujeres? Oyeme, Alfonso. Ten en cuenta que en este momento me dirijo al amigo de la infancia, al hermano, como acabas de decir. ¿Puedo tener confianza en tí?

ALFONSO.—Absoluta. En todo y por todo. ¿A quién hay que matar?

ROBERTO.—Talvez a mí por cobarde, por irresoluto. Perdóname si antes no te dije nada, que no fué por falta de fe en tu amistad. Es que esto no lo sabe nadie, nadie. Acaso ni ella misma pueda comprenderlo nunca.

ALFONSO.—No divaguemos y vamos al grano, que estoy pronto a serte útil en lo que quieras. Menos en prestarte plata, porque no tengo ni cobre. Dimelo todo, que te prometo escucharte en serio. (Se sienta).

ROBERTO. — Tú que conoces mi carácter franco y abierto podrás imaginarte lo que me habrá costado ocultar esta pasión. Pero la he ocultado, porque me avergonzaba de querer como un chiquillo, yo que he sido tan hombre para todo lo demás. Pero, ¿qué quieres? Cuando se ama de veras

se vuelve uno tímido y cobarde y deja de ser lo que es, para convertirse en el juguete de una mujer.

ALFONSO.—¿Y bien?

ROBERTO.—Yo he querido a Graciela desde niño y ya en esa época su carácter voluntarioso me intimidaba. Recuerdo que cuando jugábamos, bastaba una carcajada o una burla de ella para que yo me sintiese torpe y desmañado. Cuando grande, fué lo mismo. Su eterna risa, su eterna burla para todo, me hacían verla tan imposible, que a pesar de que algunas veces creí ver en sus ojos algo más que amistad, no me atreví jamás a decirle que la quería y aún más, asómbrete, perdí hasta la costumbre de tratarla de tú.

ALFONSO.—Bueno que eres bien “quedado en las huinchas”. Y yo que soy capaz de tutear al Lucero del Alba y declarármele a las Tres Marías y a las Tres Chepas.

ROBERTO.—Pues, ya ves. Yo no sé qué tiene esa mujer en su carácter que se me ha impuesto, a pesar mío.

ALFONSO.—Bueno, las cosas no quedarían así.

ROBERTO.—No. Antes de marcharme a Europa a seguir mis estudios de ingeniería, fui a despedirme de Graciela y le dije que me diera una esperanza. Que me iba a estudiar por ella, que si deseaba triunfar y ser algo era por ella.

ALFONSO.—Se quedaría encantada. ¿Qué más quería?

ROBERTO.—Te engañas, Alfonso. Al principio se rió mucho, como siempre. Me dijo que era una locura pensar en esas cosas, que sólo éramos dos buenos amigos; pero al último, comprendiendo talvez mi sinceridad, me aconsejó que estudiara con ahinco, que ella se acordaría de mí y que, cuando volviera lo pensaría.

ALFONSO.—¿Y de qué te quejas? ¿Qué más quieres?

ROBERTO.—No es eso todo. Cuando regresé, con mi carrera terminada, volví a encontrarme con Graciela.

ALFONSO.—El año pasado en Viña. Ahí fué donde conocí a Carmencita.

ROBERTO.—Sí, pero qué distintos fueron nuestros amores! Tú encontraste la felicidad. Yo, una respuesta desconsoladora.

ALFONSO.—Pero ¿fué capaz esa mujer de no llevarte “ni en los tacos”?

ROBERTO.—Ojalá lo hubiera hecho entonces y quizá ya estaría curado de este amor. Al contrario. Me hizo su compañero predilecto en todas sus correrías por la playa; pero nada más que su compañero. Cuando yo le hablaba de amor se echaba a reír y me decía que esperara, que esperara. Como si se le pudiera decir espera! a un corazón sediento de cariño.

ALFONSO.—(Poniéndose de pie). ¿Sabes lo que te digo? Que eres un papanatas. Yo en tu lugar la mandaba a bañarse. A Viña, a Lloleó, a Zapallar o a donde se le diera la gana y sanseacabó. ¿Cómo si no hubiera mujeres bonitas en el mundo! Oye, ¿quieres que te presente una candidata? Una chiquilla bien macanuda.

ROBERTO.—Eres un buen muchacho, Alfonso! Te agradezco la buena intención; pero es inútil. Estoy decidido. Esta noche quiero que esto termine de una vez. Que sepa yo por fin a qué atenerme. Quiero saber qué oculta esa mujer detrás de esa máscara que ríe, que ríe siempre. Quiero descorrer el velo de ese misterio, saber si merece que la quiera o si es, como tantas otras, una vulgaridad. (Se oye rumor dentro).

ALFONSO.—¡Chit! Calla. Viene gente (Risa de Graciela).

ROBERTO.—Y ella también. ¡Oigo su risa, siempre su risa!

ALFONSO.—Cálmate. Disimula. Volvamos a poner-

nos también la mascarita de salón. ¿No te parece ñato? (Pasan a primer término, derecha).

ESCENA III

Dichos, Graciela, Leonor y don Pascual; foro derecha.

DON PASCUAL.— ¡Salud, juventudes! ¿De qué se trataba, eh? De qué se trataba (Va a sentarse primer término izquierda. Graciela queda al centro Leonor entre ésta y don Pascual).

ALFONSO.—¿De qué quiere Ud. que tratemos? De la Exposición de Sevilla. Yo le estaba diciendo a Roberto que tenía ganas de aprovechar la rebaja de pasajes para ir a ver las corridas de toros.

LEONOR.—¡Oh, los toreros! Me encantan los toreros. Son mi debilidad. ¡Qué hombres tan valientes! Dígame, don Pascual, Ud. no le tiene miedo a los cuernos.

DON PASCUAL.—¿Yo? No, señorita. Yo soy viudo.

LEONOR.—Pero, por Dios, don Pascual... ¡qué barbaridad!

GRACIELA.—A todo esto, buenas noches, Roberto, porque hasta este instante no había tenido el gusto de verlo.

ROBERTO.—(Seco.) Buenas noches.

GRACIELA.—Yo no sé qué hace Ud. que no se le ve por ninguna parte.

LEONOR.—Déjalo, niña, tendrá miedo de que lo conquistemos las muchachas.

GRACIELA.—Qué va a tener miedo. Si es muy atrevido. (Ríe). (Roberto y Alfonso se miran).

ALFONSO.—¡Pero qué fama tienes hombre! Yo no te conocía esa gracia.

DON PASCUAL.—Buena fama, señor. Porque ¿dónde habrá cosa más rica, pregunto yo, que ser bien atrevido con una muchacha bonita?

LEONOR.—Por Dios, don Pascual, que me pone nerviosa! Ya me parece, ya!

DON PASCUAL.—La verdad, nada más, la verdad... Es que hay algunas chiquillas que parece que las mandan hacer adrede. No hay por donde mirarlas. Si se miran por arriba se encuentra uno con unos ojos asesinos que hay que pedir socorro. Si se miran por abajo se topa uno con unas medias de seda que ya se van a reventar por la pantorrilla... Y no me pidan más detalles, por favorcito, que se me hace agua la boca.

LEONOR.—Por Dios, don Pascual, a sus años!

DON PASCUAL.—Ah, Leonorcita, eso es lo que lamento, porque si yo tuviera unos treinta años menos, empezaba por... bueno! empezaba por darle a Ud. un pellizco que la volvía loca.

LEONOR.—Ay, por Dios, don Pascual, no sea bárbaro! Ya me parece, ya!

GRACIELA.— En sus tiempos sería Ud. un Barba Azul.

DON PASCUAL.—Yo no sé que barba sería, porque no me dejaba más que el bigote; pero lo cierto es que nunca duraron en mi casa las sirvientas jóvenes más de una semana. ¡Qué sirvientas las de mi tiempo!... Servían... Servían! Ya no quedan de esas.

GRACIELA.—(Ríe). Claro. Se han muerto todas.

LEONOR.—Este don Pascual. Qué gusto en calumniarse. Mire que son capaces de pensar que está hablando en serio.

DON PASCUAL.—¿Y qué importa? No les parece señores? Yo no creo que sea un delito conservar la juventud del alma, patrimonio divino, como dijo el poeta. Lo malo está en que conservar la juventud del cuerpo resulta más difícil, que si no...

GRACIELA.—Eso no, don Pascual. Ud. todavía está en edad de merecer.

LEONOR.—Ya lo creo, niña.

DON PASCUAL.—No, hijas mías, no se hagan ilusiones. Yo ya estoy en la edad de los parches.

ALFONSO.—Sin embargo, muchos querrían tener su buen humor.

LEONOR.—Si parece un chiquillo.

DON PASCUAL.—Eso quisiera yo, para que valvieran a ponerme nodriza... Qué mordizcos se iba a llevar la pabre.

LEONOR.—Por Dios, don Pascual, que me pone nerviosa. Ya me parece ya! (*Todos ríen menos Roberto*).

DON PASCUAL.—¿Pero qué le pasa al amigo Roberto que está ahí sin decir esta boca es mía?

GRACIELA.—No le interesará nuestra charla. Como Roberto es tan... particular. (*Ríe*).

ALFONSO.—¡Graciela! Le suplico a Ud. que no se burle. Yo sé lo que le pasa a mi amigo.

ROBERTO.—¡Gracias, Alfonso! Efectivamente señorita, yo soy muy... particular, como Ud. dice; pero hay otras personas que no lo son menos.

GRACIELA.—¿Qué quiere Ud. decir?

ESCENA IV

Dichos y Tito, foro derecha.

TITO.—A los pies de todos Uds.

TODOS.—(*Menos Roberto*). Hola, qué tal Tito?

DON PASCUAL.—Vaya, vaya. Van cayendo los mocones. ¿Qué le pasa al toronjil de las niñas?

TITO.—Ooh!... Don Pascual... Señoritas, señores... Uds. dispensarán el atrevimiento de meterme así, de rondón.

TODOS.—Dispensado, Tito, dispensado.

TITO.—¡Ooh!... Gracias. (*A Graciela*). Pero los compromisos son compromisos.

GRACIELA.—Ya sé a lo que viene; el shimmy.

TITO.—Eso es. Ud. lo ha adivinado, encantadora Graciela. Y me felicito de mi buena estrella. El shimmy prometido va a empezar. (*Se oye la música que se va apagando hasta morir*).

GRACIELA.—Iremos entonces.

DON PASCUAL.—(*Poniéndose de pie*). Pero ¿qué va ser esto? Y su compromiso conmigo, Graciela? ¡Caballero, retírese Ud. en el acto!

TITO.—¡Ooh!... don Pascual, perdóneme Ud... Si es así...

GRACIELA.—(*Ríe*). No le haga caso, Tito; No sabe que don Pascual está siempre de broma?

TITO.—De todas maneras.

DON PASCUAL.—No, hombre afortunado. Vaya Ud. a bailar no más, hasta que le dé puntada. Pero apriete fuerte ¿eh? apriete fuerte.

TITO.—¡Ooh!... Don Pascual...

GRACIELA.—Su brazo, Tito.

TITO.—¡Ooh! Graciela... (*Mutis ambos, foro derecha. Ella riendo, él, muy acaramelado. Durante esta escena Roberto, dice algo, por lo bajo, con exaltación a Alfonso. Este lo aquieta con un ademán*).

ESCENA V

Todos menos Graciela y Tito

DON PASCUAL.—Vaya, vaya con don Tito. Con tal que sepa aprovecharse. (*Ademán de abrazar fuerte*). Tiene buen gusto el mocito.

ALFONSO.—No se podría decir lo mismo de ella.

LEONOR.—No sea envidioso. ¿No le basta con Carmencita?

DON PASCUAL.—Bueno, bueno, dejarse de conversaciones y a bailar. Les cedo la parejita.

ALFONSO.—Eso es. ¿Vamos Roberto? Ud. va conmigo, Leonorcita?

LEONOR.—No, yo no. Porque luego nos ve la Carmencita y se puede poner celosa.

ALFONSO.—(Aparte). ¡No faltaba más!

LEONOR.—De bailar con alguien, bailaré con Ud. Roberto, para quitarle esa cara triste que tiene.

ROBERTO.—Ud. perdone señorita. Me siento un poco fatigado. En un momento más estoy con Uds.

DON PASCUAL.—Vamos, hombre. Y éstos son los jóvenes de ahora. En nuestros tiempos no nos hacíamos rogar tanto. ¡Verdad, Leonorcita?

LEONOR.—Por Dios, don Pascual, si entonces yo no había nacido todavía.

DON PASCUAL.—Tiene razón. Perdone. Señores, con el permiso de Uds. Niñita, su brazo. (Al mutis). Me tocó la lotería. (Mutis los dos foro derecha).

ESCENA VI

Roberto y Alfonso

ROBERTO.—¡Esto es superior a mí! He tenido que apelar a toda mi educación para no hacer un disparate. ¡Graciela se fué encantada del brazo de ese atemesino, burlándose de mi tortura y riéndose, riéndose siempre.

ALFONSO.—¿Pero es que vas a tener celos de ese mequetrefe?

ROBERTO.—Celos, no. Pero lo que haré será darle un susto que le quite las ganas de pedir shimmys para toda su vida. (Hace ademán de salir).

ALFONSO.—(Deteniéndolo). Eso no. ¿Es que te has vuelto loco?

ROBERTO.—Déjame, déjame te digo.

ALFONSO.—Oyeme con calma. Escúchame. Vas a prometerme estarte quieto. Yo veo debajo del agua. La actitud de Graciela me parece sospechosa. O mucho me engaño, o yo te arreglo el asunto. Voy un instante a buscar a Carmencita y entre ella y yo te traeremos a Graciela.

ROBERTO.—Eso no.

ALFONSO.—¡Eso sí! ¿No me decías hace un rato que estabas dispuesto a jugarte el todo por el todo! Esta es la ocasión. ¿Aceptas?

ROBERTO.—(Después de una vacilación). Como quieras.

ALFONSO.—Hasta luego, entonces. (Mutis rápido, foro derecha).

ESCENA VII

Roberto, solo. Pausa nerviosa.

ROBERTO.—Parece increíble que una mujer tenga a veces tanta importancia en nuestra vida. Yo soy joven, fuerte, tengo un porvenir. Pero sin ella ¿qué soy? Nada. Un juguete del azar. (Rumor dentro. Risa). ¿Eh? Ellos se acercan. Sí. Es su risa, siempre su risa.

ESCENA VIII

Dicho. Carmencita, Alfonso y Graciela, que traen ambos tomada del brazo.

GRACIELA.—(En el foro, soltándose). ¿Pero, qué es esto, Alfonso? Ud. me dijo que íbamos a estar solos.

CARMENCITA.—Entra, déjate de preguntas.

GRACIELA.— (Irónica). Ud. perdone, Roberto, que volvamos a interrumpirlo en sus meditaciones; pero la culpa no es mía.

ALFONSO.—Asumo toda la responsabilidad. Yo no puedo ver aburrirse a mis amigos y como creía que una conversación con Graciela le distraería, la he traído engañada hasta aquí.

ROBERTO.—Agradezco tu bondad; pero lamento el engaño, pues parece que mi presencia no es demasiado grata para la señorita.

ALFONSO.— ¡Ea! Basta de cumplidos. Ahí se quedan.

CARMENCITA.—(Con mucha intención, a Alfonso). Sí, hay que dejarlos solos para que... para que conversen. Hasta pronto, Graciela.

ALFONSO.—Ya volveremos a ver lo que ha pasado (Desde el foro). Parece mentira. Dos muchachos tan simpáticos y que no se puedan entender. Aprendan de nosotros. (A Carmencita). ¿Quién es el encantito de mi vida?

CARMENCITA.— (Con voz de chiquilla regalona). Yo...

ALFONSO.—¿Quién la quiere más que a todo en el mundo?

CARMENCITA.—(En igual forma). Usté... (Se besan en la boca).

ALFONSO.—¿Han visto? Así se vive, hombre, así se vive. (Mutis muy vivo foro derecha).

ESCENA IX

Graciela y Roberto

GRACIELA.—(Después de una pausa). No me parece

de muy buen gusto los recursos que emplea Ud. para hablarme; Ud. pudo buscarme en el salón.

ROBERTO.—Graciela... Le advierto que la estratagemma no fué mía, sino de Alfonso. De todos modos me alegro, porque así podré hablarla a solas. En el salón hay mucha gente.

GRACIELA.—Hablarle a solas. ¿Y para qué?

ROBERTO.—Y Ud. me lo pregunta? Es que no tiene Ud. corazón? Es que Ud. no se ha dado cuenta en todo el tiempo que nos conocemos que yo no puedo seguir así? Que necesito una palabra suya, una esperanza segura.

GRACIELA.—¿Volvemos a lo mismo? Hasta cuándo he de repetirle que Ud. es mi mejor amigo. ¿No le basta con esto?

ROBERTO.—Ud. no puede decirme eso, Graciela. Si Ud. no hubiera dado alientos a mi cariño no me encontraría hoy en este estado.

GRACIELA.—¿En cuál?

ROBERTO.—En uno lamentable. Tanto que me doy lástima a mí mismo. ¿No cree Ud. que es risible que yo abdique de mis derechos de hombre para mendigar una limosna de amor?

GRACIELA.—¿Risible? No. Infantil, nada más.

ROBERTO.—Tiene Ud. razón. Para Ud. yo siempre he sido un niño.

GRACIELA.—Un niño caprichoso. (Ríe).

ROBERTO.—¡Graciela! Le ruego que no abuse de su dominio, que no apure mi paciencia, que no eche a la risa este cariño mío que por desesperado merece respeto. Le hablo en serio. Exijo también de su parte un poco de seriedad.

GRACIELA.—(Pausa, se sienta). Hable.

ROBERTO.—(Pausa). Hace tiempo, cuando iba a partir para Europa, fui a despedirme a su casa. ¿Recuerda?

GRACIELA.—Recuerdo.

ROBERTO.—Le dije que estaba resuelto a luchar si Ud. me daba una esperanza. Ud. me prometió que no me olvidaría... Y que esperara. Esa frase suya fué la única estrella que guió mis pasos, mi único culto, mi único fin. Cuando regresé con mi carrera terminada, volvimos a vernos. Yo era el mismo. Mi corazón seguía perteneciéndole. Así se lo dije a Ud. una tarde en que paseábamos juntos a la orilla del mar... ¿Recuerda?

GRACIELA.—Recuerdo.

ROBERTO.—Entonces Ud. me repitió lo mismo y yo volví a obedecerla procurando triunfar siempre y crearme un porvenir.

GRACIELA.—Confiese por lo tanto, que me debe Ud. algo. Mejor dicho que me lo debe todo.

ROBERTO.—No lo niego y se lo agradezco con toda mi alma. Pero ahora ya no es posible continuar en esta situación. Ud. no sabe lo que me desespera verla por los paseos, por los salones, acompañada de cualquier mozalbete, Tito, pongo por caso, y no tener derecho a impedirlo. Y es claro. ¿En nombre de qué? Si no soy nada suyo. Le aseguro a Ud. que esto es horrible, que no puedo más, que no puedo más.

GRACIELA.—No se ponga Ud. así. Además yo no tengo la culpa de que sea Ud. tan... vehemente.

ROBERTO.—Esa vehemencia la motiva Ud. misma.

GRACIELA.—No sé cómo.

ROBERTO.—Porque Ud. no debe prolongar por más tiempo mi incertidumbre. Porque Ud. está en el deber de darme una respuesta definitiva.

GRACIELA.—No veo por qué estoy obligada a esa respuesta.

ROBERTO.—¿No? Y cree Ud. que es justo, que es humano, prolongar el sufrimiento de un hombre que no ha co-

metido más delito que amarla en exceso, sin más razón que un capricho suyo?

GRACIELA.—(Poniéndose de pie). Veo que Ud. se exalta demasiado y es mejor que me retire.

ROBERTO.—(Deteniéndola). Un momento, Graciela. Sólo un momento. Dígame qué debo hacer para merecerla. Yo le juro que dentro de la vida no habrá nada que me haga retroceder.

GRACIELA.—(Pausa). ¿Qué debe Ud. hacer?

ROBERTO.—Sí.

GRACIELA.—¿Quiere Ud. sinceridad?

ROBERTO.—Sí.

GRACIELA.—Fortuna.

ROBERTO.—(Apenas modulado). ¡Graciela!

GRACIELA.—Fortuna, sí. Es lo único que le falta. Ud. me ha exigido sinceridad, y la he tenido. Brutal, si se quiere; pero sinceridad al fin. No debe quejarse. A cualquier otro le hubiera mentido. A Ud. lo aprecio demasiado para engañarlo. Ud. es pobre, Roberto. Lo haría desgraciado.

ROBERTO.—¿Qué dice Ud.?

GRACIELA.—Yo estoy acostumbrada al lujo. A los teatros, a los paseos, a las joyas. Y eso no me lo podría Ud. dar sino a costa de grandes sacrificios. Es verdad que me sentiría orgullosa de ir de su brazo, de ser su mujer, pero comprendo también que toda esa felicidad caería hecha trizas el día que Ud. no pudiera satisfacer un deseo mío. Sufriría yo por tener que privarme de algo a que estoy acostumbrada. Sufriría Ud. por no podérmelo dar. Créame Roberto, la pobreza es el peor enemigo del matrimonio por amor. Esas muchachas que dicen a sus novios: Contigo pan y cebollas, no saben lo que dicen o no han comido más que eso en su vida. Las mujeres como yo, no podemos, no debemos decir eso. Cuántos matrimonios son desgraciados únicamente por esa falta de franqueza. Es verdad que soy rica; pero no quie-

co obligarlo a la humillación de vivir a mis expensas. Además yo sé que Ud. es demasiado orgulloso para admitir ese papel.

ROBERTO.—¿Es esa su respuesta definitiva?

GRACIELA.—Esa. No lo engaño. Yo soy así. Estoy acostumbrada al lujo.

ROBERTO.—Gracias.

GRACIELA.—No comprendo.

ROBERTO.—Gracias, repito. Ha sido Ud. bien franca y tengo que agradecersele. Puede Ud. estar segura de que ya no la importunaré nunca más con mi cariño y de que... ha dejado Ud. de ser lo que era para mí.

GRACIELA.—¡Roberto!...

ROBERTO.—Sí, señorita. Ud. lo ha dicho muy claro. Ud. prefiere una sortija, un collar, un miriñaque, al amor de un hombre honrado como yo. Es Ud. sencillamente, una mujer muy... particular.

GRACIELA.—¿Se venga Ud.?

ROBERTO.—Perdone. Como Ud. yo también soy brutal en mi sinceridad. Sólo me resta decirle que Graciela, aquella Graciela que yo amé tanto, ha muerto para dejar paso a una muñeca frívola y banal.

GRACIELA.— Roberto, por favor, no sea Ud. cruel. (Quedan frente a frente. El, mordiendo una risa amarga. Ella, casi vencida).

ESCENA X

Carmencita y Alfonso asomándose

ALFONSO.—¿Qué hay? ¿Se arregló ya eso?

CARMENCITA.—(Después de un silencio y yendo a su amiga). ¿Qué te pasa, Graciela?

GRACIELA.—¿Quieres acompañarme? No me siento bien. (Mutis las dos, foro derecha).

ESCENA XI

Roberto y Alfonso

ALFONSO.—¿Qué ha pasado?

ROBERTO.—No me lo preguntes, más bien. Es tan tremendo, tan inesperado, que no acierto todavía a explicármelo.

ALFONSO.—Pero, en suma, ¿qué?

ROBERTO.—Que la he perdido para siempre.

ALFONSO.—No te comprendo.

ROBERTO.—Ya lo comprenderás después. Sólo puedo decirte que con ella ha muerto también mi vida, porque ello lo fué todo para mí, y que al derrumbarse el ídolo, no veo ya la razón de mi existencia.

ALFONSO.—Déjate de pompas fúnebres. Ven conmigo al "buffet". Ahí, entre copa y copa, me cuentas todo el asunto y pondremos en práctica una idea que se me ha ocurrido.

ROBERTO.—Todo ya es inútil.

ALFONSO.—Déjame tú a mí. Yo veo debajo del agua. Y no sé por qué me tinca que de esta te saco con bien. ¿Vamos? Hay un ponchecito bien estaquillado.

ROBERTO.—¿Qué buen muchacho eres, Alfonso! Vamos donde quieras. Beberé. Beberé hasta embrutecerme.

ALFONSO.—Déjame a mí no más. Pasa por aquí. (Mutis los dos, segunda izquierda).

ESCENA XII

Graciela que ha salido por foro derecha y alcanzado a oír las últimas frases.

GRACIELA.—Roberto... No. Acaso sea mejor. (Que-

da un instante frente a la puerta que se cierra y al sentir que viene gente va a sentarse a un diván en primer término derecha).

ESCENA XIII

Dicha. Más Carmencita, Leonor, Don Pascual y Tito, que hablan dentro.

TODOS.—¡Que lo cuente! ¡Que lo cuente!

DON PASCUAL.— (Apareciendo, seguido de todos).

Si no puede ser...

TODOS.—Sí, que lo cuente, que lo cuente!

DON PASCUAL.— Pero, hijas mías, si no se puede contar. Si es un cuento muy verde. (Va a sentarse al sillón de la izquierda).

LEONOR.—No importa. Cuéntelo, don Pascual. Aunque sea verde le prometo no ponerme colorada.

TITO.—Pero si aquí está Graciela. ¡Ooh!... encantadora Graciela. Tengo el honor de ofrecerle esta flor que ha adornado durante toda la noche la solapa de mi frac.

GRACIELA.—(Muy seca). Gracias.

TITO.—(Flor en mano). ¡Qué! Sería Ud. capaz de rehusar mi ofrecimiento? O es que talvez la encuentra demasiado marchita? Pero observe que ha estado durante tanto tiempo cerca de mi corazón. Y mi corazón, encantadora Graciela, es un volcán en erupción.

GRACIELA.—Gracias, he dicho.

TITO.—(Corrido, sin saber qué hacer con la flor). No sé a qué se debe... ¡Ooh!... Señorita Graciela... yo no creí ofenderla...

LEONOR Y CARMENCITA. — ¡Qué plancha, Tito, qué plancha!...

DON PASCUAL. — Vaya, vaya, callarse, niñas. No

acholen al muchacho más de lo que está. Tito, hijo mío, otra vez será. Ahora no tiene más remedio que volverse a colocar la flor sobre la erupción. (Todos ríen). Digo, sobre el volcán.

TITO.—¡Ooh!... don Pascual (Trata de colocarse la flor). No puedo.

LEONOR.—(Va hacia Tito con mucho mimo). A ver Tito, yo le ayudaré. (Carmencita pasa al lado de Graciela).

DON PASCUAL.—¡Qué Leonorcita ésta! Tan oportuna.

LEONOR.—(Por la flor). Ya está. Ahora que don Pascual nos cuente el cuento.

CARMENCITA.—Sí, que lo cuente, que lo cuente.

DON PASCUAL.—Bueno, si Uds. se empeñan, no me hago rogar más. Pero yo les advierto que es más verde que un apio.

LEONOR.—Cuéntelo, no más.

DON PASCUAL.—Pues señor, este era un loro muy inteligente que había estado mucho tiempo en poder de unos marineros muy mal hablados. Y mire Ud. cómo un día fué a caer en manos de una señora muy beata...

ESCENA XIV

Dichos y Alfonso que sale precipitadamente por foro izquierda.

ALFONSO.—Y Roberto ¿no está aquí?

DON PASCUAL.—¿Cómo dice?

ALFONSO.—¿Roberto no está aquí?

DON PASCUAL.—Hace un rato lo vi pasar con Ud. hacia el "buffet".

ALFONSO.—Sí, pero en un momento de descuido lo perdí de vista y ahora no lo encuentro por ninguna parte.

Había bebido algunas copas y estaba muy excitado. (Graciela se inquieta y coge una mano de Carmencita).

DON PASCUAL.—Ya aparecerá, no se apure, en cuanto el aire fresco de la noche le disipe los vapores del champagne.

ALFONSO.— (Más nervioso). Es probable. Pero es que no las tengo todas conmigo. Roberto me dió a entender algo muy extraño... y no sé por qué presiento una desgracia... (Hace el ademán de que supone algo espantoso y mutis precipitado por el foro izquierda. Suena un disparo de revolver.) (Ojalá que no falle como suele pasar, porque aunque parezca lo contrario, si no sale el tiro, se mata el final). (Graciela se pone violentamente de pie).

GRACIELA.—¡Roberto! (Yendo hacia el foro, a Tito que le tapa la pasada). Apártese, imbécil... Es él! Es él!... ¡Y yo lo quería! Y yo lo quería. (Llora).

ESCENA XV

Dichos y Alfonso que aparece foro izquierda.

ALFONSO.— (Reconcentrado, dramático). ¿Qué ha hecho Ud. Graciela?

GRACIELA.—(Sollozando). Todo lo hice por su bien. Yo comprendía que su carácter necesitaban un acicate fuerte para triunfar en la vida y por eso fui así con él. Y ahora lo he muerto, lo he muerto!...

ALFONSO.—(Muy calmado). ¿Lo quería Ud.?

GRACIELA.—Lo adoraba.

ALFONSO.—¿Más que al lujo?

GRACIELA.—Más que a todo en el mundo.

ALFONSO.—(Transición muy alegre). Entonces no se perdido nada, y discúlpeme el susto que la he hecho pasar.

GRACIELA.—¿Qué dice Ud.

ALFONSO.—Que el tiro lo dispare al aire y a Rober-

to lo tengo detrás de la puerta. (Va rápido al foro y lo hace entrar).

ESCENA XVI

Todos y Roberto

....

GRACIELA.—¡Roberto!

ROBERTO.—¡Graciela! (Abrazo). Dime y ahora ¿sigues pensando lo mismo?

GRACIELA.—Nó.

DON PASCUAL.—Bueno, me quieren decir Uds. qué demonio significa todo esto?

ALFONSO.—(Baja desde el foro y toma escena). Significa, don Pascual, que las mujeres acostumbradas al lujo, suelen comprender a veces, que no hay mejor lujo que el amor verdadero, porque ese no tiene precio. (Abrazando a Carmencita y dirigiéndose a Graciela). ¿Verdad, Graciela?

GRACIELA.—Verdad.

DON PASCUAL.—Pues, señor, ahora lo entiendo menos. ¿Y Ud. Leonorcita?

LEONOR.—Lo único que entiendo es que a todos les da por abrazarse y eso me pone muy nerviosa... ¡Ay, don Pascual, ya me parece ya!...

TELON RAPIDO

**LEA Y AVISE
UD. EN**



La Quincena Artística



Unico periódico de
su naturaleza que cir-
cula gratuitamente en
::: el país. :::

DIRECTOR: ALFONSO CAHAN

SINTONICE

LA

RADIO DIFUSORA

LA CHILENA

CONSOLIDADA

La Mejor Estación de Chile

—
Onda: 317-46 metros 945 Kilocyclos

—
Oficinas y Estudio: Huérfanos 1153

Teléfono 66657

SANTIAGO



TEATRO ESCOLAR

de MATIAS SOTO AGUILAR S.

Cinco Comedias Breves para Niños

Prologadas por N. YAÑEZ SILVA

Esto es una Mujer

El Ejemplo de los Padres

Una Raza que Muere

Así es la Vida

El Santo del Rector

Cinco Hermosas Comedias en un volumen

En venta en las Librerías "CULTURA"
al precio de \$ 1.50 el Ejemplar

